

rachas procedentes de diversos costados forzaban á maniobrar continuamente. Se corría doble peligro, por causa de las rocas que amenazaban las quillas y de las hondonadas limosas que no sostenían las anclas.

Fenómenos particulares atraían la atención del Almirante. Los caprichos de la atmósfera presentaban una fijeza periódica á propósito para sorprender al grande observador. Cada mañana soplaba el viento del Este, y cada tarde del Oeste; y al anochecer subían del Occidente nubes siniestras, y se acumulaban sobre el zenit, llevando en su seno relámpagos seguidos de truenos. Pero luego que la luna se asomaba al horizonte, se desvanecían muy pronto las amenazadoras apariencias (1). Aquella particularidad atmosférica, y el prodigioso número de islas, le inclinaban á creer que se hallaba en el archipiélago de los cinco mil islotes situado á la extremidad de la India, de que hablan Marco Polo y Maudeville; y aunque las carabelas habían ya encallado más de una vez, no obstante las precauciones de los pilotos, sin embargo no quería salir de aquella region sin haberla reconocido perfectamente.

Continuó, pues, al traves de incesantes peligros é increíbles fatigas la exploración de aquellas islas, tan sembradas de bellezas como de peligros. La mayor parte de ellas eran inhabitadas. En la mayor, que el Almirante llamó Santa María, encontraron algunas chozas cuyos habitantes habían huido al verles, muchísimos patos, garzas reales y cuatro perros mudos, de aspecto deforme, que los indígenas engordaban para sus festines (2). Una vegetación vigorosa ocultaba en sus profundidades muchedumbres de pájaros pelágicos: cormoranes, alcatraces, ánades silbadoras, confundidos con bandadas brincadoras de caballeros, zarapitos y con las de flamencos de color carmesí. Los vuelos y gritos de los papagayos de todos colores animaban aquellas soledades.

Cerca de un mes empleó el Almirante surcando aquel peligroso archipiélago. Más de una vez durante estos trabajos bajaron á la costa de Cuba para informarse de la naturaleza de aquella gran tierra, para saber si era una isla ó un continente. Después dirigióse él mismo á la investigación de ese problema geográfico.

Algunos de los naturales decían que Cuba era una isla, pero casi todos estaban acordados en confesar que su costa se extendía ilimitadamente. Unos pescadores, á quienes se interrogó, habían contestado que la costa de Cuba se prolongaba sin fin hacia el Oeste. La dificultad de Colón se agravó en un momento; porque en aquella parte más occidental del litoral cesaba de ser comprendido el intérprete, y queda-

(1) Fernando Colón, *Historia del Almirante*, cap. LV.

(2) «Quatuor canes in ea, sed non latrabiles, aspectu fedissimi quos comedunt uti nos hædos comperere.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ decadis*, liber tertius, fól. 8. § D.

ban reducidos al lenguaje de los signos. Esta imperfecta traducción del pensamiento indujo al Almirante á un error casi inevitable. Por una parte, creyóse comprender que en el Occidente reinaba un cacique llamado Magon ó Mango, vestido con una bata; por otra parte, un arquero de la expedición, cazando en los bosques, había divisado desde lejos un hombre vestido de blanco como el capellán de la *Santa Clara*; luego después vió otros dos, y desde más lejos llegó á contar hasta unos treinta (1). Por prudencia había vuelto precipitadamente á los buques. El Almirante había en seguida enviado dos secciones de tropa á la descubierta; pero una de las dos patrullas no pudo avanzar más allá de una media legua, á causa del impenetrable espesor de los bosques; y la otra que debía recorrer la playa, se apresuró á volver á los barcos, por haber notado en la arena recientes huellas de monstruosos condores (2). Esas circunstancias, unidas á influencias nuevas de aquella temperatura y al relato de los viajeros acerca del país de Mangu ó Mangon, lo propio que á las tradiciones acerca del gran Khan, cuyos Estados bañaba el Océano, persuadieron al Almirante que había llegado á la extremidad de las Indias.

Continuó pues su navegación hacia el Noroeste, y comenzó de nuevo sus fatigas encontrando nuevos grupos de pequeñas islas: á su izquierda descubrió la gran isla de los Pinos. Colón la llamó Evangelista, creyendo que desde ella se difundiría el Evangelio por los pequeños archipiélagos. Observó la brusca dirección de la costa hacia el Mediodía; nueva circunstancia que vino á confirmar sus conjeturas por su conformidad con los escritos de los viajeros. De nuevo supo por los naturales que no se sabían los límites de aquella costa, aunque se la siguiera durante más de veinte días. La conformidad de esos testimonios y coincidencias trocó sus dudas en certeza. Como, para oponerse á las tentativas de Portugal, importaba tomar posesión lo más pronto posible de la Tierra firme, hizo proceder el Almirante á la testificación solemne del descubrimiento del continente de Cuba, que reputaba el comienzo de las Indias.

Á este efecto, el notario real de la expedición debió recoger los testimonios de los marinos, bajo forma de prueba judicial, y levantar su escritura pública en presencia de cuatro testigos. En su consecuencia, el jueves 12 de junio de 1494, el notario real, Fernando Pérez de Luna, después de haber pasado á bordo de cada carabela, asistido de los señores Diego Tristan y Francisco de Morales, ambos domiciliados en Sevilla, Pedro de Terreros, fondista, y López de Zúñiga, trinchante, uno y otro familiares «del señor Almirante,» redactó su escritura pública

(1) Grullas blancas, vistas bajo cierto ángulo, podían producir aquella ilusión.

(2) Eran indudablemente condores, caimanes ó aligadores.

á bordo de la *Santa Clara* (1). Justifica este expediente, que los indios declararon que la costa se extiende á más de veinte jornadas sin que se sepa donde termina; que habiendo consultado sus mapas los marinos, pilotos y marineros, y reflexionado ántes de responder, han asegurado todos, bajo juramento, que ellos no habian visto ni oido decir jamas que una isla pudiera ofrecer trescientas treinta y cinco leguas de costas, del Poniente al Levante, sin que se le viera su término; y que no dudan que es la Tierra firme.

Contábanse en las tres carabelas cincuenta hombres inteligentes en marina, entre los cuales habia pilotos célebres y maestros en Cosmografía, y ninguno de ellos opuso la menor duda acerca de aquel particular. Todos sabian las circunstancias en que fundaba el Almirante sus conjeturas. Estaban todos íntimamente persuadidos de que Cuba formaba el comienzo de las Indias. Segun estos datos, habia Colon concebido el osado itinerario que le hubiera vuelto á España por el Asia y el Mediterráneo.

Sólo Dios y los ángeles sabian entónces la forma del nuevo continente, la inmensidad del mar Pacífico, la distancia que separaba á Cuba de las costas de la China y del archipiélago Indio. El error de Colon, del que no hubiera podido eximirse sino por revelacion divina, sirve para realzar la fecundidad de su genio y la osadía de sus inducciones. En su plan impracticable brilla la primera idea de circunnavegacion. Sin la interposicion del continente americano, que nada podia hacer presentir, habria efectivamente llegado, continuando su navegacion por el Oeste, al Quersoneso de oro, hoy península de Malaca; habria entrado en los mares frecuentados por los árabes y antiguamente conocidos de los mercaderes romanos, habria aportado en la Trapobana, hoy la isla de Ceylan; habria seguido adelante por los mares del Ganges y del golfo Pérsico hasta el mar Rojo; atravesado despues el desierto de Arabia para ir á visitar los Santos Lugares, constante objeto de sus afanes y de su heróico ardor; y embarcándose despues en Jaffa habria vuelto á España (2), midiendo toda la extension del Mediterráneo; pero la falta de viveres, el estado ruinoso de sus carabelas y la postracion de sus tripulaciones le obligaron á abandonar este proyecto (3).

Encontrábanse en hondonadas y de tal manera encallados, que varias veces debieron sacar á flote los buques á la sirga. Colon no cedió sino por la imperiosa

(1) *Original en el archivo de Indias en Sevilla, legajo 5.º del Patronato real.*— Documentos diplomáticos, núm. LXXVI.

(2) Andres Bernáldez, *la Historia de los Reyes católicos*, cap. 123. Ms.

(3) «Carinæ quassatæ, rudentes vela et reliquum amplustræ jam putridæ alimenta que, sed præcipue panis bicoctus corrupta, vertere retro proras præfectum coegerunt.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ*, lib. III, fól. 9. § c.

necesidad. Quebrantados sus buques por las frecuentes sacudidas, roidas sus quillas por los corales al tocar en las hondonadas; gastadas sus amarras, destrozadas y medio perdidas sus velas, consumidas sus provisiones, averiada su galleta, forzaron su resolucion, y fué preciso retroceder.

En medio de los peligros, disputando sus carabelas á los bancos de madreporas, á los laberintos de litófitos, en los que las habia comprometido su ardiente sed de indagacion de los secretos de la naturaleza, el poeta igualaba en él al naturalista; y miétras disfrutaba con aquellos espectáculos peligrosos, se recreaba en los aromas (1) que flotaban sobre las olas agitadas.

§ III.

En compensacion de las fatigas que sufrió el Almirante en el curso de esta navegacion, pudo despues entregarse á la contemplacion de los grandes espectáculos de la naturaleza. Á medida que entraba otra vez en las aguas profundas y transparentes de las costas de Cuba, otras escenas animadas vivificaban las soledades del Océano.

Cierto dia vió levantarse sobre la superficie de las aguas una innumerable multitud de tortugas de anchas conchas, que, semejantes á un ejército en marcha, seguian una misma direccion, y como si fueran bajo las órdenes de un jefe, se dirigian hacia el Norte. Aquella poblacion avanzaba regularmente y cubria una grande extension del mar con sus conchas, siendo tanta la afluencia de la tribu acorazada, que retardaba el camino de las carabelas (2). Las proas chocaban en vano contra la fuerte coraza de muchedumbre compacta. Habia llegado el momento de aovar. Convocada misteriosamente á aquellas aguas desde los abismos lejanos la poblacion de los quelonianos, iba al mismo tiempo á acercarse á la costa meridional de Cuba, y depositar allí en la arena sus huevos que el sol debía hacer nacer.

Una escena muy distinta excitó el dia siguiente la admiracion de los expedicionarios. Falanges de pájaros pelágicos atravesaban los aires, y los seguian bandadas de grullas, á las que se sucedian grandes grupos de cuervos marinos. Aquello era una caravana aérea, una emigracion inmensa. Venian de los archipiélagos de la

(1) «Uscí un' odore come di fiori di grandissima soavita.»—Fernando Colon, cap. LVII.

(2) «In pelagus incidit testudinibus magnis adeo consensum, quod naves aliquando detardarent.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ*, lib. III, fól. 9.

isla de los Pinos, y de los Jardines de la Reina, de las islas más apartadas de los caimanes; y como si tuvieran dada cita en día fijo, se dirigían á un punto desconocido pasando por Cuba.

Á esta emigración aérea se siguió la llegada silenciosa de los más ligeros y hermosos habitantes del aire. Mariposas de alas ricamente matizadas se desplegaron en la atmósfera, como una móvil colgadura. La débil turba extraviaba su vuelo inseguro en la inmensidad de la atmósfera, y su compacta multitud al pasar por encima de los buques interceptaba la luz del sol (1). Aquella infinidad de mariposas impulsada por la brisa y empujada por su propia fuerza, chocaba en los palos y jarcias de los buques, y gran número de ellas lastimadas quedaban sin movimiento en la cubierta. Las nubes que ellas formaban se sucedían sin interrupción; pero al llegar la tarde, el viento del Oeste y los fuertes aguaceros que le siguieron dispersaron en el espacio á la débil muchedumbre.

Continuando su derrotero, entró Colon otra vez en las mismas aguas que en un principio habían alarmado á las tripulaciones. Volvieron á entrar en el mar de aguas densas y blancas que habían traspasado ántes de llegar á la altura de la Evangelista. Las aguas pesadas y sedimentosas eran de un blanco tan vivo que deslumbraban la vista (2). Debían navegar á poca vela y repetir á cada instante el escandallo. Á ese fenómeno local se añadió muy pronto otro no ménos perturbador para la tripulación, pero curioso para un espíritu investigador. Era el mar negro como tinta en el que nada distinguía la vista; otro valor cualquiera que no hubiese sido el de Colon habría retrocedido ante aquella formidable transición. Á los movimientos regulares del mar se añaden, cada tarde, en la proximidad de las costas, ciertas agitaciones periódicas, á consecuencia de las lluvias vespertinas cuya abundancia hinchaba los ríos en su embocadura. Finalmente, el 6 de julio saltaron en tierra en la extremidad del golfo que forma el saledizo del cabo de Santa Cruz. Las tripulaciones desembarcaron y tomaron algun descanso. Los indios de la comarca se apresuraron á traerles viveres de los cuales tenían gran necesidad.

Para dar gracias á Dios por su protección manifiesta al través de tan continuados peligros, mandó Colon levantar un altar debajo de los árboles más cercanos, donde se celebró solemnemente el sacrificio de la misa.

Durante la ceremonia se acercó un Cacique anciano, venerable á pesar de su desnudez, y observó con curiosa atención cuanto se hacía. Comprendió que se

(1) «Vennero a navigli tante farfalle, che oscuravan l'aria, e durarono fin a sera, che furon da una grossa pioggia sbandate.»—Fernando Colon, cap. LVI.

(2) «Erat aqua lactea spissaque ac si farinam toto illo pelago sparsissent.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ*, lib. III, fól. 9.

trataba de un acto religioso. Después que Colon hubo acabado de dar gracias, saludándole el anciano, le ofreció una cesta de hermosas frutas que tenía en las manos, y sentándose cerca de él, por medio del intérprete Diego que entendía su idioma, le dijo: «Es justo dar gracias á Dios de los bienes que nos concede. Parece que vosotros se las dais también á vuestra manera; bien hecho. Se me ha dicho que tú habías recorrido anteriormente con tu poder estas comarcas que ántes te eran desconocidas (1), esparciendo el espanto entre los pobladores; pero, no te enorgullezcas de esto. Te encargo y suplico te acuerdes de que, al salir el alma del cuerpo, encuentra dos caminos: uno que conduce á una mansion fétida y tenebrosa, preparada para los que entristecieron á sus semejantes; otro que lleva á una mansion deliciosa y afortunada, dispuesta para aquellos que durante su vida amaron la paz y la conservaron entre los hombres. Por consiguiente, si te crees mortal, y piensas que cada uno será retribuido según sus obras, no hagas mal á nadie (2).»

Estas palabras conmovieron y consolaron la piedad de Cristóbal Colon; porque hasta entonces no había visto nada entre los indígenas que marcara una idea clara de la vida futura. El Almirante bendijo á Dios por haber concedido aquella luz á los hombres de buena voluntad, relegados á aquellas lejanas regiones. Aquel anciano Cacique le recordaba uno de aquellos justos de la ley primitiva, que habitaba como Raquel las comarcas idólatras. Por medio del intérprete contestó el Almirante, que él había venido de las extremidades del Océano á aquel país, enviado por sus soberanos para enseñar la verdadera religión (3), hacer reinar la justicia, sujetar á los inhumanos Caribes, obligarles á la paz, y proteger las naciones pacíficas.

Al oír estas palabras no pudo el Cacique contener sus lágrimas de alegría (4); y oyó con gran júbilo al intérprete que le describió el esplendor de los monarcas de España. Penetrado de la grandeza de los huéspedes, atraído por la majestad de su jefe, anuncióles repentinamente su resolución de seguirles. Olvidando sus años, quería atravesar los espacios del Océano para ir á contemplar las cosas cuya descripción excitaba su entusiasmo; pero su esposa é hijos se arrodillaron á sus piés, suplicándole que no les abandonara; tuvo lástima de su desconsuelo, y consintió en quedarse entre su pueblo.

El anciano Cacique había observado la Naturaleza, viajado en las islas vecinas

(1) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. LVII.

(2) «Si igitur te mortalem esse, et unicuique pro presentibus operibus futura merita obsignata memineris, neminem infestabis.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ*, lib. III, fól. 9, § D.

(3) Andres Bernáldez, *Historia de los Reyes católicos*. Ms. cap. cxxx.

(4) «El buen anciano derramaba lágrimas de alegría.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, § 17.

y contraído relaciones en la Española, donde conocía á varios jefes. Sus excursiones le habian llevado muy allá hacia el occidente de Cuba. Sus respuestas contribuyeron á confirmar á Colon en la idea, de que participaban todos sus pilotos, de que se hallaba en la frontera de un continente.

Durante los días que pasaron en la orilla de aquel río que se llamó *Río de la Misa*, la gente de aquella tribu les regaló abundantes provisiones. El Almirante reparó los buques; hizo aguada, se proveyó de madera y viveres frescos, y el 16 de julio se dirigió á la Española. Mas en el momento en que iba á doblar el cabo de Santa Cruz, sorprendióles una borrasca de las más violentas, y por poco les hizo naufragar. Solamente debieron su salvacion á la prontitud de la maniobra, y en un abrir y cerrar de ojos, habian plegado las velas los marineros montados en las vergas. Echáronse las áncoras más pesadas para sostenerse; pero los cayos habian deteriorado de tal manera la *Santa Clara*, que hacia agua por varios puntos, pudiendo apénas librarla de irse á pique los esfuerzos de los calafates y el continuo maniobrar de las bombas. Para colmo de males, faltaban los viveres; cada hombre tenia por racion diaria nada más que una galleta y un vaso de vino. Queriendo el Almirante compartir la penuria comun se contentaba con una racion de marinero. Tan grande fué el peligro, que escribia á la reina, narrando los trabajos de la navegacion: «Plegue á Nuestro Señor que mis fatigas aprovechen á su santo servicio y al de Vuestras Altezas (1). Tocante á mi, jamas el interes me haria exponer á tantas fatigas y peligros; porque no pasa un solo día que no me acerque á la muerte á cada momento.» Las olas reventaban con tal violencia, que sumergieron los bordajes de la *Santa Clara*. Ningun socorro humano esperaba la tripulacion para levantar la carabela á pesar del peso de las anclas. En la inminencia del naufragio, Dios acudió al auxilio de su siervo, y le permitió refugiarse en una ensenada del cabo de la Santa Cruz á donde le trajeron los naturales abundancia de pan de casabe, pescado frito, aves, agutis y toda clase de frutas.

Tres días quedó allí el Almirante para descanso de las tripulaciones y reparo de las averias de su buque. Persistiendo el viento contrario en oponérsele á la ruta de la Española, desplegó las velas el 22 de julio, y se dirigió otra vez á la Jamáica para terminar su exploracion. Tempestades regulares le asaltaban tambien allí todas las tardes, causando grave cansancio á los buques y á sus tripulantes. Buscando la causa de aquella particularidad, la halló su talento investigador en la abundancia de los bosques y elevacion de las cimas coronadas de espesa vegetacion. Observó que las lluvias, muy regulares ántes tambien en Canarias, Madera

(1) «Piaccia a Nostro Signor che ciò sia per suo santo servizio e delle Altezze vostre percioche, per que che a me tocca, io non mi metterei piu a tanti travagli e pericoli, etc.»—Fernando Colon, cap. LVIII.

y las Azores, habian disminuido mucho allí desde que se habian cortado gran parte de sus bosques.

Por haber saltado el viento al Noreste, puso el Almirante la caña del timon á la Española, y gobernó de un modo tan seguro hacia la colonia, que el día siguiente, 20 de agosto, llegaba al cabo occidental de la misma, totalmente desconocido, y que puso bajo la invocacion del arcángel San Miguel. El sábado, 23, una gran canoa, en la que iba un Cacique, atracó junto á las carabelas, diciendo en alta voz en castellano: «¿Almirante, Almirante, de dónde inducis que este cabo debe ser de Española (1)?» Efectivamente, él no lo sabia; sin embargo se encontraba en él, habiendo llegado en linea recta, con aquella exactitud que se parecia á prodigio. Su proyecto era llegar directamente hasta las islas Caribes.

Al considerar la maldad de aquella raza impia, que desde siglos ántes asolaba las espléndidas mansiones que la Providencia habia preparado para la paz y felicidad de sus hijos; al acordarse de su permanente violacion de las leyes de la humanidad, de su gula homicida, de la impunidad de que se enorgullecia su barbarie, de sus invasiones ordinarias contra los pueblos pacíficos, que temblaban de horror á su solo nombre, resolvió someter aquella raza, obligarla á trabajar en provecho de las tribus inofensivas que se habia acostumbrado á devorar; y por el cumplimiento de esta justicia, captarse el agradecimiento de los insulares hacia los cristianos, cuya fe abrazarian con afan. Interin la Reina determinara lo conveniente con respecto á aquellos feroces ladrones, queria á lo ménos recorrer con sus carabelas y embarcaciones el archipiélago Caraibe, registrar las guaridas de los antropófagos; incendiar sus chozas, sus canoas (2), para impedirles que por más tiempo continuaran sus crímenes. Esperaba reducirles á la impotencia por medio de un crucero que les obligara á encerrarse en sus islas y cultivarlas, en lugar de trasportar á ellas, para engordarlos, rebaños de hombres.

Despues de haber corrido nuevas tempestades, reconoció el Almirante, el día 24 de setiembre, el cabo más oriental de la Española y le dió el nombre del arcángel Rafael. Á pesar del deterioro de las carabelas, habiéndose calmado el mar, se dirigía hácia los Caribes, cuyo imperio deseaba destruir. Indudablemente no queria Dios que su siervo, mensajero de la paz, y la regeneracion espiritual, llevara á cabo una mision de castigo y de rigor. Luégo que hubieron dejado atras la isla Mona, empujados por un viento favorable hacia las guaridas de los caniba-

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*, década I, lib. II, cap. xv.

(2) «Hoc animo ut iterum cannibalium insulas devastaret canoasque eorum omnes combureret, ne nocere ulterius lupi rapasces finitimis ovibus possint.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ*, lib. III, fól. 10.